

Una semana clarificadora

PARA quienes, influenciados por el optimismo oficial, creyeron que "se había tocado fondo" o "se estaba saliendo del bache" en el terreno económico, los datos, las noticias aparecidas la última semana habrán sido un jarro de agua fría: el índice del coste de la vida ha subido un 2,03 en el mes de abril, se han perdido 295 millones de dólares en divisas en el mismo mes, la Bolsa ha bajado 2,63 puntos en la última semana (que vienen a añadirse a los 4,01 que perdió en la anterior).

Para el Gobierno hay reactivación

Nada que avale la apreciación que de la situación ha hecho el último Consejo de Ministros. Según podemos leer en la referencia oficial, en opinión del Gobierno, "hoy se aprecia un comienzo de reactivación que, aunque incipiente aún, permite predecir una visible recuperación en el segundo semestre de este año. Razonables previsiones inducen a esperar un crecimiento previsto de un 3 a un 4 por 100 en 1976. Se prevé, asimismo, que el déficit de nuestra balanza de pagos por cuenta corriente quedará reducida en 500 millones de dólares, y con ello, disminuidas en medida equivalente nuestras necesidades de endeudamiento en el exterior".

¿Cómo se ha llegado a esta apreciación?, se preguntan muchos. El índice de producción industrial está situado —en el mes de febrero, último dato conocido— 1,3 puntos por debajo del que se registraba en igual mes de 1975. La inversión industrial, que habría de ser el elemento que impulsara esa reactivación, sigue situado a 8 ó 9 puntos por debajo de la tasa de 1974, es decir, no ha mejorado desde finales de 1975. El paro aumenta en todos los sectores, y de poco valen las informaciones oficiales que hablan de una reducción del desempleo en 10.000 hombres, ya que estas informaciones se basan en un cómputo según el cual el paro total es de 420.000 personas, cuando también fuentes oficiales como el Instituto Nacional de Estadística hablan de 714.000. El paro sigue, y a la luz de distintos informes —cámaras de comercio y organismos regionales— aparecidos en los últimos días ha aumentado en todos los sectores.

¿Qué decir del aumento brutal de la inflación? En los cuatro primeros meses del año llevamos ya un 6,82 por ciento, lo cual nos dice que, de mantenerse el actual nivel de crecimiento al final de 1976, llegaríamos a más de un 25 por 100, y de que en todo caso no bajaremos del 20. El año pasado por estas mismas fechas llevábamos un 4,85 por 100 y una tasa interanual del 16,25. Al final del año el índice del

coste de la vida había subido un 14,04 por 100: la diferencia entre estas dos últimas cifras habla de la dificultad de corregir esas tendencias indeseables de la economía en el giro de pocos meses.

Y si las perspectivas en este terreno son peores que nunca, no lo son menos los daños que están provocando ya: aumento de costes en las empresas, deterioro del nivel adquisitivo, elemento que agrava hasta extremos intolerables la retracción del consumo que se viene produciendo como consecuencia del paro y de la reducción de las horas extraordinarias y que, a la postre, frena las posibilidades de una auténtica reactivación, puesto que, como es sabido, sin demanda no hay producción y tampoco inversión.

A su vez, la inflación está enjugando, a pasos agigantados, los pírnicos beneficios que pudo traer para los exportadores la devaluación de la peseta. Los precios de venta de los productos españoles en el extranjero tendrán que aumentar y en pocos meses esa ventaja del 10 por 100 de cara a los competidores extranjeros que había supuesto la devaluación del 9 de febrero habrá desaparecido como por encanto, tal y como se anunciaba en el momento en que el Ministerio de Hacienda tomó su criticadísima decisión.

La devaluación, al traste

Por el momento, y según informa el Departamento de Cambios del Banco Atlántico, la peseta ya ha recuperado un 3,50 por 100 de lo ganado con la devaluación. Tomando como base 100, la cotización de junio de 1975 con la devaluación se bajó a 94,06 y actualmente nos encontramos en un 97,40. ¡En sólo tres meses! Lo cual hace pensar que para mediados de julio se habrá perdido completamente los efectos de la devaluación. Por supuesto que estamos hablando de los efectos "beneficiosos". Porque los otros se mantienen y se mantendrán: la elevación de los costes de importación y su innegable recuperación en los precios interiores ya nos los ganamos a pulso y no nos los quita nadie de encima.

¿Qué va a hacer el Gobierno en este terreno? ¿Aprobar una nueva devaluación? Todos lo desaconsejan, pero este mismo clamor reprobatorio era unánime en febrero y la decisión se tomó tranquilamente, sin mayores problemas.

Directamente relacionada con el tema anterior, está la segunda noticia a que nos referimos: el descenso de 295 millones de las reservas de divisas en el mes de abril. Con esta cifra en los cuatro primeros meses del año se pierden 526,8 millones de dólares y el to-

tal de reservas se sitúa en 5.378,6 millones de dólares, la cifra más baja de los últimos cuatro años. Pero este record es aún mucho más grave si se tiene en cuenta que la cifra equivale únicamente al 122 por 100 del déficit de la balanza de cuenta corriente registrado en el último año, esto es, que cubre y supera ligeramente (en un 22 por ciento) las deudas que normalmente habríamos de contraer —vía importaciones y otros conceptos— este año con el exterior, una vez deducidos los ingresos que vía exportaciones, turismo, etcétera, tengamos en el año.

Los criterios internacionales coinciden en señalar que cuando las reservas de divisas no superan el 140 por 100 del déficit por cuenta corriente la situación es muy grave. ¿Qué decir, por tanto, de ese 122 por 100 que en estos momentos tenemos en España? ¿Cómo vamos a pagar lo que compramos en el exterior? Las importaciones, aun cuando no crezcan como en otros tiempos se mantienen a niveles altísimos y las exportaciones no progresan como al parecer quienes decidieron la devaluación de la peseta esperaban. Por ahí no van a venir soluciones por tanto. Tampoco las va a proporcionar el turismo, que entra en estos momentos en una etapa crítica ya que el nivel de contratación para el verano ha descendido notabilísimamente respecto a años anteriores.

Los inversores extranjeros, que tantas castañas del fuego nos han sacado, se mantienen expectantes de la marcha política española y las aportaciones de capital que llegan por este concepto lo hacen para atender a los gastos de inversiones ya iniciadas anteriormente y poco más.

La solución una vez más será el endeudamiento exterior que a final del año pasado alcanzaba la nada despreciable cifra de 7.500 millones de dólares (muy superior al total de reservas). Curiosamente, Hacienda afirma que no quiere recurrir al endeudamiento exterior para financiar el déficit exterior, entre otras cosas, porque los pagos por intereses y amortizaciones de dichos créditos contraídos en el extranjero se elevaron a 1.100 millones de dólares en 1975, casi el 14 por 100 del total de nuestras exportaciones, cifra también increíble, y desde luego única en el mundo, ya que países como Italia, con endeudamientos superiores al nuestro triplican nuestras exportaciones.

Pero malas lenguas afirman que esta renuncia del Ministerio de Hacienda no obedece a un planteamiento de política económica, sino sencillamente a que no encuentra ese dinero en los mercados exteriores. Se afirma en efecto que se buscan casi desesperadamente 1.000 millones de dólares y que por el momento no se encuentran.

Se habla también de que el inusitado interés mostrado por el Gobierno hacia el asentimiento de nuevos Bancos extranjeros en nuestro país podría venir determinado por la posibilidad de que fueran éstos los que proporcionarían ese dinero. La guerra de notas y de informaciones contradictorias sobre la venida del First y otros Bancos americanos, que se ha producido en estos últimos días demuestra que la cosa no es tan fácil.

Sector exterior y Bolsa

En el sector exterior estamos, por tanto, peor que nunca. Si mejora la coyuntura internacional mejor que mejor, si no mejora qué le vamos a hacer. Iniciativas, ninguna, porque tomarlas, como en otros tantos terrenos significaría cambiar muchas cosas, sustituir importaciones en un proceso profundo de cambio de estructura industrial, al tiempo que se fomentaban, ya desde el proceso productivo, apoyando con cambios en los mecanismos financieros y crediticios, las exportaciones. Pero en eso el Gobierno no entra, mientras el déficit y los problemas aumentan a un ritmo en el que, si las cosas no cambian —y a ver quién las cambia— podremos llegar a esa situación en la que se encontró Italia hace dos años y que a muchos pareció una expresión demagógica: la bancarrota en el esquema internacional. Sólo que en nuestro caso, habida cuenta de nuestro aislamiento actual, careceríamos de los apoyos internacionales que permitieron la recuperación de la economía italiana en aquella ocasión.

Hace dos semanas el índice bajaba 4,01 puntos, y la semana pasada perdía 2,63, situándose a 94,15 puntos, es decir muy próximo a los niveles más bajos del año.

La Bolsa volvía a su tónica habitual. Las ampliaciones se hacen en pérdida y los 5.000 millones de pesetas que se requieren para cubrir las actualmente en marcha no aparecen en el parquet. No hay confianza, no hay entusiasmo, no se invierte.

Una vez más, para concluir, hay que volver a los calificativos tradicionales: la situación económica es crítica y frente a la misma el Gobierno únicamente es capaz de pronunciar buenas palabras que la realidad cotidiana de los hechos desmienten abiertamente. Significativamente, hombres como Fuentes Quintana, el cerebro gris del Ministerio de Hacienda con los últimos cuatro titulares, abandona el Departamento y se rumorea seriamente la salida de Barea Tejero, director general de Presupuestos durante muchísimos años, así como la de Albiñana. ■ **CARLOS ELORDI.**